



LA LOBA GRIS

Se lo dijo una única vez mi abuelo Benito a mi padre, cuando juntos iban dando puntapiés a las piedras aristadas de la Roderá Bielga, en una tarde de enero que presagiaba nieve, porque Peña Ubiña estaba como borrada por una manta algodonosa de nubes.

-Mira, papá, ahí justo, donde está ese piorno, matamos a la Loba Gris. -Y luego, adoptando una posición acuclillada, raspando con la barbilla la parte superior de la planta, añadió: -Ahí mismo le metimos cuatro tiros en la barriga y veintidós cuchilladas. Pero entoavía la condenada tardó más de dos horas en morir.

Y así me lo contó muchos años después mi padre, en 1940, cuando un día íbamos con el carro de las vacas en una madrugada cualquiera de la siega, guiados por el paso lento de la Garbosa y la Bonita, todavía envueltos en la bruma neblinosa del sueño interrumpido, rebotando las ruedas del carro contra los cantos amorcillados de la Roderá Grande. Me lo dijo mi padre con la voz un poco nerviosa, mientras avivaba con la aguijada el paso cansino de la pareja de vacas, apenas lanzando una mirada medrosa sobre el piorno solitario de al lado de la Roderá Bielga, el mismo piorno que nadie había osado cortar después que siete podas fueron inútiles para hacerlo desaparecer:

-Mira, papá, allí, donde está aquel piorno, tu abuelo y otros cuantos mataron a la Loba Gris. Necesitaron darle más de cien cuchilladas y noventa tiros pa matarla del todo. Dicen que ni sangre le salía, ni tampoco le oyeron ni un aullido. Siempre se dijo en el pueblo que por las heridas que le hicieron salía espuma blanca y no sangre.- Luego, cuando ya estábamos algo alejados del piorno, mi padre me advirtió:- y ya te digo, papá, que nunca te traiga una desgracia. Por sentarse cerca del piorno, ya ves cómo está Orencio: paralítico de las dos piernas y sin cura.

Aquel día de verano mi padre me dijo que la Loba Gris apareció en un marzo cargado de cierzo, acechante tras los setos de Fornos de Levón, estimulado su deseo de matar por la presencia cercana del rebaño de Fabián, el pastor, que tenía cuarenta y dos ovejas abrevando en la Fuente Prieta. Vio Fabián el salto rápido de la loba y pronto una oveja ensartada por el cuello, ya muerta, huyendo el resto del rebaño hacia el Valle de los Morales. Dijo el pastor sintiendo un enorme nudo en su garganta hastiada de gritar mil veces:

-¡Mi madre! ¡Vaya animal! ¡Pero si tiene el pelo acenizao! ¡Redops!